

La cumbiamba guamalera

Melambo. Tradiciones e historias de Guamal

JOHN CARLOS PEDROZO-PUPO

Universidad del Magdalena, Santa

Marta, 2018, 250 pp., il.

LA CANTIDAD de textos sobre tradiciones culturales e historias locales y subregionales de la región Caribe, conocidos como monografías, se ha incrementado en los últimos 30 años, tanto así que de los 195 municipios que conforman la Región Caribe, son pocos los que no cuentan con una obra monográfica.

La estructura de los textos es similar: una narración sobre la vida de los primeros habitantes; el acto de fundación de los conquistadores o su descendencia; las luchas que dieron los habitantes para separarse del municipio que pertenecían; las diligencias para lograr crear la parroquia; los párrocos; los acaldes; los líderes políticos locales y departamentales; la primera institución educativa; el primer cine; la llegada de los servicios públicos... También nos describen las actividades económicas, las costumbres, tradiciones, comida típica e, inclusive, el presupuesto municipal de cada año y su inversión. Estos documentos dan mucha información valiosa para reconstruir la historia del país, porque a pesar de ser elaborados sin mucha metodología y técnicas de investigación, permiten conocer y analizar aspectos históricos y culturales de ese país profundo, o en este caso, del Caribe profundo, más allá de Santa Marta, Cartagena, Barranquilla, Valledupar, Riohacha, Montería o Sincelejo, inclusive Mompo.

El texto que reseñamos forma parte de ese acervo bibliográfico del Caribe profundo que merece leerse a pesar de la falta de rigurosidad historiográfica necesaria para una obra que pretende sustentar que “los pueblos de Barranca de Melambo (hoy Guamal), Punta de Palma y Guimaral, tenían como estructura jerárquica al cacique Melambo” (p. 24). Es interesante partir de esta hipótesis, pero para demostrarla se requiere mucho trabajo de archivo en documentos coloniales y

posiblemente consultar varias fuentes secundarias. El autor nos deja una provocación para que historiadores y antropólogos ausculten en esos archivos en Sevilla o en Bogotá, para solo referenciar dos de los más importantes para la historiografía colombiana.

El libro está integrado por 15 capítulos y varios anexos, apreciables, pero que hubieran podido organizarse mejor, el mismo problema aqueja la estructura del libro con respecto a los capítulos, que perfectamente agrupados por temas se hubieran reducido a cuatro o cinco a lo sumo. Con esa estructura la lectura del texto hubiera ganado en unidad temática, lo cual no quiere decir que se desconozca el esfuerzo del autor por describir y narrar aspectos muy particulares y poco conocidos de Guamal y otros definitivamente singulares, como el multitudinario sepelio y nueve noches de don Simón Rangel Arévalo, líder conservador, o el secuestro del avión de Avianca en 1967, que fue obra de dos guamaleros y un venezolano, razón por la cual a los nacidos en Guamal los llaman “guamaleros roba avión”.

Siguiendo la estructura capitular de las monografías municipales, el texto arranca con una revisión de algunos documentos conocidos, como el de su paisano Gnecco Rangel Pava, en *El país de Pocabuy* (1947), y de los cronistas españoles. Sobre la documentación revisada concluye rápidamente que Guamal, por estar localizado alrededor de la ciénaga La Rinconada, es un pueblo con un gran patrimonio arqueológico.

Luego se nos cuenta que el español José Fernando de Mier y Guerra fundó Guamal, siguiendo la tradición fundacional, le dio el nombre de la Virgen del Carmen, por ser el día de su advocación. Por ello el nombre inicial de Nuestra Señora del Carmen de Barrancas Bermeja.

Dentro de las tradiciones culturales que el autor del texto reivindica como propias está la que denomina cumbia típica o tradicional guamalense. Para sustentar su hipótesis, recurre al cronista Gonzalo Fernández de Oviedo, quien hace una descripción de los bailes que presencia a lo largo del territorio chimila y pacabuyano, y a los textos de sus paisanos Rangel

Pava (*Aires guamalenses*) y Antonio Brugés Carmona (“Las danzas y la cultura”). Se destaca el hecho que en este pueblo se mantiene una tradición singular: la cumbia no se interpreta con gaita, sino con flauta de millo. Aunque las investigaciones sobre este instrumento lo ubican en la costa caribe, es interesante establecer la procedencia de la mata o árbol con el que se elabora el instrumento, porque tanto el sorgo como millo (¿mijo?) son de origen africano, lo que quiere decir que llegó a América con las personas negras esclavizadas en este continente.

Siguiendo este tema musical en el libro, Pedrozo nos recuerda que la cumbiamba en el pasado se llamaba *merengue* y tenía su epicentro en los pueblos ribereños del departamento del Magdalena, en algunos pueblos hoy cesarenses como El Paso, e inclusive en Villanueva y Fonseca, ambos en La Guajira, según las descripciones de Brugés Carmona. En *Aires guamalenses* se señala que la cumbiamba ofrece tres tipos de aires: son, merengue y puya, es decir, que falta solo el paseo para formar el cuarteto de ritmos de la música vallenata. Pupo, basándose en Brugés y Rangel, dice que la cumbiamba se animaba al son de las notas de un acordeón o de un millo; por tanto, infiere que la historia de la música de acordeón arranca con la cumbiamba, a la que considera un género musical. Sin embargo, algunos investigadores consideran que la cumbiamba era el lugar donde se bailaba la cumbia. De hecho, aun hoy se dice en los pueblos “vamos para la cumbiamba”.

Guamal mantiene unas tradiciones religiosas muy arraigadas, como la Semana Santa, la fiesta de la patrona, la Virgen del Carmen, y el Corpus Christi. Esta última tiene un papel destacado en el pueblo, con los tradicionales arreglos de los altares y el recorrido que hace el Santísimo acompañado por la danza de diablos y cucumbas.

Dentro de las informaciones que suministra el texto, de ahí su principal valor, encontramos algunos detalles de personajes que los pobladores recuerdan con cariño y simpatía. Es el caso del sacerdote Juan Bautista Baldetaro, un párroco del pueblo en el siglo XIX, irreverente, pero defensor a ultranza de la Iglesia católica, aunque el autor no duda en considerarlo

como liberal. Este dato es interesante si se tiene en cuenta que, durante ese siglo, en el estado del Magdalena hubo varios enfrentamientos entre los curas párrocos, feligresía y el obispo de Santa Marta, como lo ha investigado la historiadora Adriana Santos Delgado. Es destacable, igualmente, el papel de la Iglesia católica en la sociedad guamalera, así como su control social, familiar y religioso.

Otra de las historias que se nos narra es la llegada a Guamal de un personaje misterioso a finales del siglo XIX, Hermógenes Ramírez, quien tuvo seguidores y se proclamó “enviado de Dios”. Al marcharse predijo hechos que se darían en el pueblo. Cada vez que se presentaban sucesos desagradables, sus feligreses no dudaban en señalarlos como una de las desgracias profetizadas. A este personaje, el compositor guamalense José Garibaldi Fuentes le escribe una canción que cantó el Jilguero de la Sierra Nevada de Santa Marta, Guillermo Buitrago, con el título *El brujo de Arjona*, aunque su nombre correcto es *El enviado*.

Resulta destacable la recuperación e información que nos brinda el autor sobre algunos personajes nacidos en esa población, con proyección nacional e internacional en el campo de las letras. En primer lugar, Gnecco Rangel Pava, autor de dos textos significativos para la historia y la cultura de Guamal y la subregión. Otro escritor es Antonio Bruges Carmona, a quien reivindica como guamalero, aunque vivió en Santa Ana. Bruges fue de los primeros que desde la costa defendió las danzas y música de la región Caribe. Sus escritos, como lo señala Luis Elías Calderón, compilador de su obra, son una especie de “Macondo visionado”, y para Pedrozo es el “precursor del realismo mágico”. En varios textos del Nobel García Márquez es significativa la influencia de Bruges, como por ejemplo en la *Vida y muerte de Pedro Nolasco Padilla*.

Un tercer personaje ilustrado guamalense es el escritor Carlos Delgado Nieto, novelista y cuentista. Su obra literaria fue muy conocida desde la década de los cincuenta. Entre las obras de este autor, Pedrozo señala: *Hermógenes Maza* (1951), *José Padilla. Estampa de un almirante* (1957),

El limbo (1957), *La frontera* (1971) y *El arete morado y otros cuentos* (1971).

En esa línea de enfatizar que Guamal es tierra de hombres ilustres y amantes de la cultura, nos encontramos con la figura de grandes compositores. Julio Erazo que, aunque nació en Barranquilla, siempre ha reconocido a Guamal como su tierra. José Garibaldi Fuentes, cuyas composiciones han sido grabadas y popularizadas por consagrados intérpretes, como Alfredo Gutiérrez y Lisandro Meza. Por último, el compositor Epimerides Zambrano Rangel, cuyas canciones han sido ejecutadas por cantantes como Jorge Oñate y “Chico” Cervantes.

En conclusión, aunque el texto convoca a leerlo, para que, con base en los datos que consigna Pedrozo, se pueda avanzar en el conocimiento de la subregión de la depresión momposina, particularmente de los pueblos del Magdalena, al autor le faltó mayor argumentación e interpretación de la información, para aprovechar de mejor forma los valiosos hechos y excelentes fotografías e ilustraciones publicadas en la obra.

Edgar Rey Sinning